

Presentación del Pregonero por el Ilmo. Sr. D. Ángel Aroca Lara

Tímido patológico, colmo del despiste, perito en la desconexión con bastantes cosas que no le gustan, sentimental aunque cada vez menos dramático, amigo de lo pequeño, de lo frágil, tenaz con lo poco que considera importante, un desastre con todo lo demás, gustador de todos los placeres que no se sirvan de los otros, respetuoso, quizá sobre todo porque le gusta que lo respeten... Estos son –tal lo ha dicho- algunos de los rasgos que conforman la personalidad del hombre que hoy viene a glosar las excelencias de esa virgen morena, de rompe y rasga, que duerme sobre El Toril y vive codo a codo con las gentes de la Plaza Grande brindándoles refugio seguro en la inclemencia.: Nuestra Señora del Socorro, un singular simulacro mariano que fue tallado como pocos a imagen y semejanza de la mujer –hay aspectos de su iconografía que no estimo prudente desvelar aquí e inducen a pensar en el “retrato divino” de que nos habla Orozco- y que ha generado en sus tres siglos largos de presencia una de las devociones más populares y de mayor arraigo en nuestra ciudad.

La Virgen del Socorro, cuya excepcionalidad ha sido oficialmente reconocida por la Iglesia al acceder a su Coronación Canónica, dista mucho de ser una virgen al uso y, por ello, demanda un pregonero también excepcional para este evento que marca el cenit de su devoción. El Hermano Mayor y la Junta de Gobierno de esta Ilustre, Centenaria y Fervorosa Hermandad han acertado plenamente al designar a don Fermín Pérez Martínez para protagonizar el acto que nos congrega, pues, además de la sinceridad conmovedora y la modestia admirable que se desprenden del autorretrato parcial con que he encabezado mi intervención, en él concurren otras cualidades y circunstancias que considero claves para desempeñar con éxito la misión que le ha sido encomendada: su amor a Córdoba, su marianismo, su condición de cofrade y una sensibilidad especialísima que singulariza y magnifica todo lo demás, como sin duda habrá de poner de manifiesto en su pregón.

No se puede cantar a la Señora de la Corredera, que es también Alcaldesa Perpetua de esta ciudad, sin sentir apasionadamente Córdoba. Así la siente Fermín Pérez Martínez, antes desde el admirable esplendor de Sevilla y ahora desde la luz armoniosa de Sanlúcar. En estas dos ciudades y desde hace veinte años Fermín Pérez Martínez se ha entregado diariamente a la noble tarea de regalar a sus tiernos alumnos con todo lo que sabe de respeto, de solidaridad, de nobleza interior, de recorrer con dignidad el tortuoso camino de la vida... Después, a la puesta del sol, cuando la algarabía se torna soledad de exilio, amanece Córdoba redimida por la luz de crepúsculo, la misma que vio el Duque de Rivas dorando los ángeles de sus torres; y esta luz inunda el retiro de nuestro pregonero y lo envuelve en un mar de recuerdos también dorados; a veces se precipita inopinadamente la noche y toma cuerpo la “flor pisoteada de España” de Pablo García Baena, y el último desmán urbanístico y esa falta de entusiasmo imperante en casi todo lo cordobés de nuestro tiempo lo sumen en un dolor desgarrado de Córdoba, que sería insufrible de no contar con el mejor antídoto contra el desaliente, el amor apasionado e incondicional a esta ciudad esclarecida que lo vio nacer y ha sido clave en la conformación de su ser.

Pero la Señora del Socorro, además de cordobesa, es la Madre por excelencia, la Esclava del Señor que posibilitó la Redención, la Nueva Era, el vaso en que decantan los néctares del Catolicismo, el pomo que atesora lo más embriagador de sus aromas, la belleza y la bondad, que son para Fermín Pérez Martínez los verdaderos motores de una vida plena. Quien aspire a tejer la letanía de las glorias de María de Nazaret ha de ser contrarreformista militante, y el pregonero de esta noche lo es; él lo ha dicho: “Curiosamente, y muy en contra de lo que piensan muchos puristas religiosos, mi fe se origina en el río fastuoso de las celebraciones litúrgicas y, sobre todo, populares, especialmente en la Semana Santa y las manifestaciones de fervor mariano, que a veces logran arrancarme lágrimas de plenitud interior”.

Lo religioso es básico en el ser de Fermín Pérez Martínez, pero su religiosidad dista de ser convencional. La vive en su estricto sentido etimológico: como un sistema de vínculos del hombre con el hombre y con el universo todo, que busca ser antítesis de esa horrenda arquitectura de falsedades y cadenas que ha regido las relaciones humanas desde que el mundo es mundo.

Herederero del poso antiguo y clásico que arribó a Andalucía a golpes de mar, sabe que en María se encarnan, entre otras divinidades históricas, la Gran Madre, la Astarté fenicia, la Isis nilótica, la Atenea griega y la Minerva romana. Ellas fueron por lo común la cara más amable de aquellos poblados panteones antiguos y sus fiestas las más concurridas por una humanidad doliente que necesitaba sus bálsamos con avidez. Esta intuición genética y el hedonismo, también innato, de Fermín Pérez Martínez fueron campo abonado para que en él fructificara precozmente el acendrado marianismo cordobés. Veo el asombro congelado en sus ojos de niño al paso de la Virgen de los Dolores en algún Viernes Santo al alba de los años sesenta. Pero si el llanto undoso de esta imagen de peregrina belleza que tallara Juan Prieto hubo de estremecerlo, la humanidad de la Virgen del Socorro, su donaire siempre envuelto en un aroma de nardos septembrinos que no logra escapar de su ermita, donde libra batalla perpetua con los olores cotidianos de la fruta, el pescado o el pan caliente, no debieron irle a la zaga. ¿Cómo puede nadie mínimamente sensible –y nuestro pregonero lo es en grado extremo, ya lo he dicho- resistirse al esplendor hortelano de las ofrendas de las gentes de la Corredera?; ¿cómo habría de sustraerse aquel niño predispuesto a ser devoto rendido de María al sensualismo barroco, contrarreformista, que impregna a diario la ermita levantada por Ronquillo Briceño en el ocaso del Seiscientos?

Vino después la sonrisa amorosa de María Auxiliadora, oasis apetecido del adolescente, que buscó instintivamente refugio en el rutilar de los oros que recaman el azul y el jacinto para escapar de la temible mirada de don Bosco, el que lee los pecados en la frente, del luto rancio y adusto de sor María Mazzarello y de la perfección repelente de Domingo Savio, cuya santidad sin tacha fue fuente de desasosiego para cuantos pasamos por la institución salesiana.

Con la madurez nuestro pregonero acaricia ya la hermosura plena de la Virgen del Evangelio y el creyente compite con el esteta en ese interés, casi obsesivo, por la iconografía mariana y de Semana Santa, que ha dado sus frutos sazonados en bastantes poemas, artículos, pregones, piezas de oratoria y algunos trabajos de investigación, que para quienes desconozcan la trayectoria

de Fermín Pérez Martínez se les antojarán propios del quehacer de un aventajado historiador del arte, pues leyéndolos nadie podría deducir que el paso de nuestro pregonero por la Universidad lo dedicó a licenciarse en Ciencias Biológicas.

La fe del pregonero se apuntala –ya lo he dicho- en la belleza sublime de María; una belleza, cuya presencia llega a conmoverlo, a turbarlo, pero que busca ansiosamente porque sabe que ha de arrancarle lo mejor de sí. Estoy seguro, tanto que metería la mano en el fuego sin asomo de duda, de que esta noche vamos a tener ocasión de constatarlo.

Pero nuestro pregonero es además cofrade del Socorro, es decir, no se a referir a una extraña, nos va a hablar de su Madre Bendita, y lo va a hacer con el mismo amor que de cuando en cuando, cuando los cultos lo requieren y animado por las raíces de su ser mediterráneo, resucita las fiestas panatenaicas para vestir con la unción de las doncellas atenienses a esa otra virgen suya, la Sola del Sol Difunto del antiguo hospital de Jesús Nazareno, conocida popularmente como “la Virgen de Fermín”.

Nada es común en Fermín Pérez Martínez, su filiación cofrade no se va por las ramas, se instala en la cepa de Córdoba: Nuestra Señora del Socorro, Nuestro Padre Jesús Nazareno y el Santísimo Cristo de Gracia, pues, aunque no aparece en la nómina de hermanos de “El Esparraguero”, mantiene una relación entrañable con esta cofradía. Con tales credenciales huelga decir que nuestro pregonero es de esos cordobeses de ley que no se han vendido al oropel de importación. Él sabe que decir Córdoba es lo mismo que decir Atenas, Roma o Estambul, que su ciudad no es de esas urbes hospicianas, sin tradición, que precisan llenar de cosas traídas de acá y de allá la inmensa laguna de su falta de pasado. Él sabe bien que lo más genuino de nuestras fiestas popular no ha tenido otro espejo que el latir de Córdoba. Y recordamos a Miguel del Moral yendo y viniendo a la casa de la Virgen del Socorro tras el baldaquino que habría que cobijar las Tristezas de la Virgen del Remedio de Ánimas.

Fermín Pérez Martínez pertenece, en suma, a esa élite de cordobeses de casta a los que esta ciudad compleja y difícil de entender, al decir de Camilo José Cela, parece habérselos revelado de súbito, como la gracia de Dios. A ellos debo el haber llegado a vislumbrar Córdoba. ¿Recuerdas, Fermín, nuestras conversaciones aromadas de cedro y vino de montilla en el obrador de Miguel Arjona? Me enseñaste tanto que sigo ansioso de aprender de ti. Sé que no he acertado a dibujar la semblanza que mereces, pero la prudencia me aconseja concluir. Que sea tu buen hacer el que nos descubra todos los matices que no he podido perfilar.

GLORIA A LA REINA DE LA PLAZA

Pregón de la Coronación Canónica
de Nuestra Señora del Socorro

Pronunciado en las Caballerizas Reales de Córdoba
la tarde del 27 de junio de 2003,
solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús,
memoria de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro
y del mártir San Zoilo

Dignísimas autoridades y dignísimo pueblo de Córdoba:

Hay ocasiones en que la ciudad que amamos recobra conciencia de su dignidad augusta y , superando mediocridades y complejos, se reconoce y vuelve a sentirse Córdoba, madre nutricia de pueblos, fecunda conjunción de armonías y valores universales, ciudad que como pocas enarbola tantas palmas de gloria erguidas sobre el lodazal de la historia del hombre.

Hoy nos es dado vivir una de esas ocasiones, al disponernos a proclamar con júbilo que Córdoba va a revalidar solemnemente su amor cuatro veces centenario por la Reina de la Corredera en la ceremonia de la Coronación Canónica de la bendita imagen que ha sido y es sonrisa para el gozo, lenitivo para el dolor de los vecinos del barrio de San Pedro, de todos los cordobeses que un día fuimos privilegiados recogiendo el testigo de la devoción de Córdoba a Nuestra Señora del Socorro.

Pregonamos una historia de amor cuyos protagonistas son la ciudad y la Madre de Dios. Y el pregonero, antes de nada, ha de manifestar su vital adhesión al hecho trascendente, pues en su irrelevancia detenta con orgullo como únicos títulos de auténtica grandeza el ser hijo de Córdoba, hermano de Jesús Nazareno y fiel enamorado de María Santísima.

A mi ciudad debo el honor inestimable de entregarme su palabra esta tarde. Y confieso emocionado que de nuevo he percibido su caricia grata, hace unos instantes en las inmerecidas, cálidas palabras de mi presentador, en los últimos meses en la acogida entrañable de mis hermanos del Socorro, en la benevolencia fraterna de la Comisión Ejecutiva de la Coronación al designarme para esta honrosísima misión.

Al poder intercesor de la Virgen ante el Hijo debo lo que hoy deposito a sus plantas y entrego con amor públicamente a Córdoba en este histórico recinto, desconfiando de mis méritos mas con plena confianza en Aquella a quien la letanía lauretana llama Auxilio de los cristianos, la que día a día recoge amorosa la plegaria del pueblo de Dios en palabras tan bellas y reconfortables como las atribuidas a San Bernardo:

*“Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!,
que jamás se ha oído decir
que haya sido abandonado de Vos
ninguno de los que han acudido a vuestra protección,
implorando vuestra asistencia
y reclamando vuestro socorro.”*

Socorrero, vocablo sagrado con que invocan a Nuestra Señora las generaciones de cofrades y fieles que vislumbran el verdadero rostro de la Madre del Señor en el semblante bellissimo de la Reina de la Plaza. Su inconfundible perfil mayestático, el misterio ensoñador de sus hermosos ojos, la flor divina de sus labios, la blandura telúrica y a la par celestial de su piel delicada..., todo en Ella provoca de siglo en siglo el entusiasmo apasionado de quienes, no sin razón, Córdoba llama socorberos.

Y con el corazón en ascuas, siempre agradecido a la protección de la Señora, sus socorberos la obsequian, generosos. Enternecen los documentos dieciochescos al dar fe de que para la Virgen del Socorro rifaron el hermano Trillo y otros hermanos “hornazos, batatas, naranjas y otras cosillas”, como nos sigue enterneciendo el comprobar el día de las ofrendas de casa año que de nuevo no hay en la Plaza puestos mejor colmado que la ermita, hermosamente abastecida por la caridad que solo la Madre saber despertar en sus hijos.

Interminable es el inventario de bienes de la devoción cordobesa a la Soberana de la Corredera, recogido en su integridad en el corazón de Nuestra Señora del Socorro. Junto a magnas realizaciones, como el gran retablo de Teodosio Sánchez de Rueda o las espléndidas preseas de la Coronación Canónica, ofrendas de índole tan diversa como el aroma efímero de la vara de nardos, la luminosidad fantástica de los fuegos de artificio o la campana grande que, según la tradición, el verdugo, sabedor de su miseria, donó a la Virgen para ser aviso desde la ermita a la torre de San Pedro de que llegada la hora terrible del toque de agonía.

Juntos a ellas, también el lírico ofrecimiento de la palabra, sublimado en el soneto exquisito de Pablo García Baena:

*“Señora del Socorro, vuestro septiembre pleno
de fragancia os ofrece el cetro de nardos,
el mástil vertical de gladiolos gallardos
y en el jazmín de nieve el oloroso seno.*

*Vuestro retablo luce con el parral ameno
del cárdeno racimo de los estíos tardos
y sois Huerto Cerrado que colma de oros pardos
el membrillo o el níspero, la panoja o el heno.*

*Abastece de Gracia, Virgen Santa María,
la Corredera humilde, el nácar del pescado,
los candeales panes, el fruto y la semilla.*

*Sé Balanza Clemente en el afán del día
y tu esquila vocee con su volteo alado
la cosecha de rezos granando en tu capilla.”*

Sin duda, la ofrenda grande por excelencia en los anales del Socorro ha de ser la Coronación Canónica en la Corredera de la imagen de Nuestra Señora, otra vez la ciudad dando cumplimiento a la palabra profética de María en la montaña de Judá: “Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí”; de nuevo la Córdoba mariana haciendo suyo el grito entusiasta de Isabel: “¡Bendita Tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?”.

Y he aquí a Nuestra Señora en permanente visita a nuestra ciudad, presente en tantas imágenes genuinamente cordobesas por medio de las cuales ha bendecido y siguen bendiciendo la historia de Córdoba, de manera especial en los duros momentos de prueba, como en aquellos días previos a la invasión napoleónica, cuando sobre los hombros fervorosos de los hermanos del Socorro entró por la puerta de Plasencia, parece que por vez primera, la Virgen de Linares, aclamada por sus hijos con la advocación mariana que más tiempo ha despertado, como continúa despertando, el fervor de los cordobeses.

La tradición ciudadana es rica en tiernos relatos protagonizados por imágenes Marianas aparecidas: Nuestra Señora del Pilar, del Socorro de San Juan, de la Alegría, de la Salud..., llegando a reverenciar las crónicas religiosas cordobesas la presencia un día de la misma Madre de Dios con los santos Acisclo y Victoria, siempre recordada en el humilladero del pocito de la Fuensanta, al pie de la imagen amadísima que letras ponticias reconocían como Patrona de la ciudad, al par que decretaban su Coronación Canónica, como con todo merecimiento el rescripto de Pablo VI concedía el privilegio a la primera Virgen coronada por Córdoba, Nuestra Señora de los Dolores.

Canónicamente coronadas también las corredentoras sienas del portento doliente que es la Virgen de las Angustias y de la bella Dolorosa que en San Pablo recoge el legado devocional de la advocación cordobesísima del Rosario, la devoción mariana cordobesa se prodiga por la ciudad, postrada ante tantas imágenes amadas: Reina del Carmelo en Puerta Nueva y San Cayetano, Virgen de Acá en el Alcázar Viejo, Señora de los Remedios en San Lorenzo, María Auxiliadora... Imágenes de María Santísima siempre presentes en los lugares emblemáticos donde Córdoba adora de modo singular la gloria del Señor de los ángeles y de los santos: Nuestra Señora del Arca de los Santos Mártires, Virgen del Pozo de San Rafael, catedralicia Madre y Señora de Villaviciosa...

Enclave sagrado de la Córdoba de la fe es sin duda el solar que hoy ocupa la ermita del Socorro, mirado con singular veneración por la historiografía clásica cordobesa, que en él localiza la basílica mozárabe de Santa María, donde en 1147 halló sepulcro San Martín de Soure, y que luego, poco antes de la conquista fernandina, fue hospicio de los trinitarios. A inicios del siglo XVI, allí fueron depositadas las reliquias de mártires romanos, haciendo coincidir las indulgencias concedidas al sacro lugar con las de San Anastasio de la Ciudad Eterna.

Si en los sucesos reseñados por nuestros historiadores de pasadas centurias fueron tal vez introducidos datos tradicionales no rigurosamente históricos, el posible hecho vendría a demostrar la importancia devocional del templo que ya

a mediados del siglo XVII, antes de su actual construcción, comenzaba a ser llamado de Nuestra Señora del Socorro; y es así pues casi siempre hallamos la leyenda unida a los lugares donde de manera especial alienta lo sagrado. También en torno al Socorro fueron tejidos relatos netamente legendarios, como el que ve al Arco Bajo rebajando milagrosamente su altura por estar más cerca de la Virgen, recién concluida en 1687 la magna obra constructiva de la Corredera que la ciudad debe a la iniciativa del corregidor Ronquillo Briceño.

El ámbito de la verdad histórica de la devoción cordobesa a la Virgen del Socorro fue certeramente delimitado por el riguroso estudio de Juan Aranda Doncel, que detecta la existencia en 1428 del hospital de la Corredera, pequeño establecimiento asistencial regentado por la fusionadas cofradías de la Santísima Trinidad y San Pedro ad Vincula, a cuya labor caritativa se uniría en 1511 la de Nuestra Señora de los Ángeles, que en capilla propia del tempolo de San Pedro daba culto a su imagen titular.

En aquel antiguo hospitalito, cuya fachada “de ladrillo y pilarillos de mármol ne igual proporción” se integraba en el desigual conjunto de la Corredera de entonces, había una iglesia, y en la iglesia dos altares. Y en uno de los altares colocaron los cofrades de las hermandades fusionadas, en aquel lejano siglo XVI, una imagen de la Virgen a la que en la noche de San Mateo, 21 de septiembre, de 1589 un prodigio iba a dar para siempre el título conmovedor que hoy nos congrega: Socorro.

Un romance firmado por Amaro Centeno y publicado en Córdoba el mismo año del milagro da testimonio de los estragos causados por una tremenda tempestad, de la que el magistral Gómez Bravo dice en su episcopologio que “empezó como a las once y cuarto de la noche dicha de San Mateo, y que duró poco más de un cuarto de hora; pero en este tiempo fue tan furioso el Huracán, tan recio y grueso el granizo, tan grandes y repetidos los truenos y relámpagos que parecía hundirse toda la Ciudad”. El citado romance da fe de la existencia en el hospital de la Corredera de una imagen de María Santísima, ya con fama milagrosa, y de la circunstancia de estar durmiendo al raso en la Plaza Mayor un pobre mancebo aquella histórica noche.

Comenzado el desastre meteorológico, el aterrorizado mozo, tras llamar inútilmente a muchas casas, recurre a voces al casero del hospital para que le abriese las puertas. No hubo respuesta. Y es entonces cuando el joven indefenso clama, en el ingenuo verso de la crónica, a la única que sabe que ser su Socorro:

*“Virgen preciosa María,
socorred a este afligido
pues siempre auéys socorrido
al hombre que en vos confía,
vengo a valerme de vos
huyendo desta tormenta.
Recibime en vuestra cuenta.*

(...)

*Bien sé que estaré siguro
donde vos, Virgen, estáis
porque siempre asiguráys
el mal que viene futuro,
mas sí ese Rostro diuino
yo pudiera ver agora
olo estuuiera más, señora,
aunque pecador y yndino
que por eso mi Alma llora.”*

Y fue entonces cuando, al grito de la fe y al par que los fenómenos atmosféricos, se estremecieron las entrañas maternas de María Santísima. Debió recordar Nuestra Señora el duro trance compartido con José ante las puertas cerradas para ellos en Belén, cuando en un establo hubo de alumbrar al Hijo de Dios, antes de abrir sus manos, suplicante, en presencia del Altísimo y lograr que la única fuerza capaz de dominar realmente el mundo, la del amor misericordioso, hiciese al punto descorrerse los cerrojos de la puerta del hospital, para que el necesitado mancebo cordobés hallase refugio seguro bajo la mirada dulcísima de Nuestra Señora del Socorro.

Habían dado comienzo los hasta ahora más de cuatro siglos en los que la Virgen del Socorro ha sido, desde su ermita de la Plaza, faro y puerto para los cordobeses que en Ella hemos fijado nuestra vista enamorada, casi siempre a lo largo de pequeñas historias a las que nunca prestaron atención los documentos. Valga el testimonio personal de aquel niño que fui, embelesado ante una estampa que alguien le entregó en la mesa petitoria, a la salida de la ermita cuando, tras la visita familiar en la plaza de las Cañas, fue llevado al besamanos de la Reina del Mercado. Cuánto lamento no conservar aquella mi primera estampa de la Virgen, primera presencia tangible de María Santísima en una vida, la mía, carente de sentido sin el aliento y la protección constante de la Madre de Dios. Como este, insignificante, miles de anónimos, callados testimonios conforman mayoritariamente el imponente monumento de fe que es la historia de la devoción de Córdoba a la Reina de la Plaza Grande.

Correspondió Ella, amorosa, a la confianza de su pueblo, y lo colmó de bienes, en todo momento Medianera de la gracia, Omnipotencia suplicante. Todo lo puede la diestra poderosa de la Virgen del Socorro, pues nada le es negado por Cristo, nuestro único intercesor ante el Padre, allá en la gloria donde María reina participando de la majestad de Dios. Inefable ministerio es el que contempla a la Madre del Señor asunta en la intimidad divina, y a la vez inmersa en la miseria del hombre por los siglos para socorrer la indigencia de su vida terrena. Hermosamente lo canta el himno litúrgico de la Iglesia cada 5 de agosto, al celebrar la dedicación de la basílica romana de Santa María la Mayor, a la que en 1828 quedó agregada la ermita del Socorro:

*“¡A dónde va, cuando se va, la llama?
¡A dónde va, cuando se va, la rosa?
¿Qué regazo, qué esfera deleitosa,
qué amor de Padre la alza y la reclama?*

*Por eso el aire, el cielo, rasga, horada,
profundiza en columna que no cesa,
se nos va, se nos pierde, pincelada
de espuma azul en el azul sorpresa.*

*Esta vez como aquella, aunque distinto;
el Hijo ascendió al Padre en pura flecha.
Hoy va la Madre al Hijo, va derecha
al Uno y Trino, al trono en su recinto.*

*No se nos pierde, no; se va y se queda.
Coronada de cielos, tierra añora
y baja en descensión de Mediadora,
rampa de amor, dulcísima vereda.”*

La clemente misión de María Santísima como protectora de la humanidad queda encantadoramente plasmada en la primitiva iconografía de la Virgen del Socorro, inspirada por relatos legendarios medievales. Entre los objetos y reliquias del venerable padre Cristóbal de Santa Catalina, conserva la cordobesa Casa de Jesús el más antiguo ejemplar conocido de la ciudad, la

imagencita de la Virgen del Palo, así llamada por el que en alto esgrime Nuestra Señora para defender del diablo al pequeño niño acogido bajo su manto ante la atenta mirada de Jesús. Más evolucionado, el tema se repite en la hermosa Virgen del Socorro de la Compañía, quedando reducido a lo esencial en la Señora de la Plaza, cuyo cetro detona iconográficamente el poder intercesor de la Reina del cielo, que halla origen en la divina soberanía simbolizada por el orbe con la cruz en la siniestra del Infante. A los pies de la Virgen, el símbolo apocalíptico de la barroca luna argétea es digno trono para su realeza.

Reina y Madre María, Socorro del pueblo de Dios, Virgen fiel a su eterna vocación de servicio amoroso. Casi una niña era y el Verbo hecho hombre alentaba ya en sus entrañas cuando, nada más conocer la noticia de que su anciana prima Isabel cumplía ya el sexto mes de su gestación, cuenta el tercer evangelista que “se puso en camino y fue aprisa” a servirla hasta el alumbramiento del Bautista. Treinta años más tarde, llegados los días de la manifestación de Cristo a los hombres, Ella supo arrancar de sus manos el primer milagro cuando, atenta a la necesidad de aquellos novios, logró que en seis tinajas de piedra se mostrase el poder del Mesías convirtiendo el agua en el mejor de los vinos, nada más dirigir Ella a los criados sus últimas palabras recogidas por los evangelistas, las que repite a los hombres día a día por los siglos: “Haced los que Él os diga”.

Porque todo en la Madre se orienta hacia el Hijo, es sin duda la devoción mariana senda segura que siempre lleva al Dios revelado por Jesucristo, al Uno y Trino que dio nombre en sus orígenes al viejo hospital de la Corredera. Bien lo entendieron aquellos hermanos del Santo Rosario de Nuestra Señora del Socorro al instaurar el culto al Santo Cristo de las Tribulaciones, para que, fijos los ojos en la agonía del Salvador, Él presidiese los actos comunitarios de penitencia cuaresmal, entre ellos el solemne vía crucis procesional que en la madrugada del Viernes Santo actualizaba cada año por la collación de San Pedro la pasión y muerte del Señor.

De ese Dios encarnado que permanentemente acuna el sacro escabel que es la estilizada, principesca mano izquierda de la Virgen del Socorro. por ellos, el amor al Niño Dios es una constante en la historia devocional al Socorro, adorado en incontables representaciones imagineras que con entrañable familiaridad eran distribuidas por la ciudad para presidir los cepos de limosnas, para acompañar a los hermanos en las póstulas por las ferias estivales. Inescrutables los caminos del Señor, no ya su imagen, sino sus antiguos zapatitos de plata han protagonizados en nuestros días una historia donde lo que comenzó siendo un hurto sacrílego ha devenido en algo grande que solo Dios y unos pocos conocen, manifestado a todos en el gozo inesperado de la restitución.

Célebres fueron desde mediados del siglo XVIII las “Coplitas” de los hermanos del Socorro, que con una imagen del Niño recorrían las calles pidiendo el aguinaldo en las noches navideñas. Para ellos talló “con muchísima amistad” el autor de la sillería catedralicia, el gran Duque Cornejo, nuevo Niño de las demandas en 1754, que aquellas Navidades recaudó, cuantiosa como nunca, la limosna de los cordobeses cuando salió acompañado por jóvenes cofrades vestidos de ángeles que lo llevaban en la cuna que para Él talló Clemente de

Lara, autor, siete años atrás, de la imagen pétrea que desde entonces proclama desde la hornacina de la facha de la ermita quién es la Dueña indiscutible del antiguo hospitalito.

La imagen muestra a la Señora ataviada con su indumentaria puramente barroca y sosteniendo al Divino Infante, juguetón y tierno, vestido con su “casaca y mantilla” inventariadas en los viejos documentos. Sin duda, reprodujo el artista al Niño que con frecuencia era retirado del regazo materno para ser llevado piadosamente a los enfermos que requerían su presencia. Movidos sobre todo por el deseo de que el decoro cultural de la virgen no se viese menoscabado por el continuo ir y venir de la imagen del Hijo, encargan los hermanos del Socorro nuevo Niño, que Ángel Aroca identifica con acierto con el que ya para siempre y hasta nuestros días ha sido y es el Niño de la Virgen. En 1763 se abonaba su costo a su autor, el cofrade Don Francisco, tal vez don Francisco de Arellano, quien dos años más tarde se comprometía con los hermanos del Resucitado de Santa Marina a tallar la imagen hoy venerada en San Basilio, el mismo artista que en 1779 restauraba el Niño de la Virgen del Socorro.

Enamorado, como buen socorrero, de la guapura de su Reina, el mayor de los aciertos del hermano don Francisco al tallar el Niño de Nuestra Señora fue sin duda la evidente inspiración en los rasgos amados de la Madre para plasmarlos en el hermosísimo rostro del Hijo. Enmascarada la belleza original de ambas efigies por torpes modificaciones y repintes, les fue devuelta en lo posible hace dos décadas por Miguel Arjona en una cuidadísima restauración, cuyos resultados vinieron a apoyar lo que hacen sospechar las fuentes documentales: que la imagen de la Virgen del Socorro venerada por Córdoba en su ermita es la misma que fue invocada en la Corredera por el joven cordobés la noche de San Mateo de 1589.

Antes de que sobre su frente virginal se eleve la regia ofrenda de la nueva corona, prevé el ritual litúrgico de la Coronación Canónica que sea coronada la imagen del Hijo, Rey Supremo de cuya majestad procede la de la Madre. Gozando el privilegio de la noche de Córdoba, alguna vez he saludado conmovido al Sagrado Infante, visible su entrañable perfil en la altura del camarín que voltearon sus hermanos sobre el Toril en 1791. Luego, camino de la Plaza, he alzado de nuevo la mirada hacia la Virgen, y en sus cerrados labios, que la jornada colmó de súplicas intercesoras, he redescubierto la razón de esa plenitud interior que emana del rostro virginal, al escucharlos en arrobado ensueño musitarle al Niño:

*Socorro soy pues Tuya es mi fortuna:
diadema regia, trono remontando
mi pequeñez a tu grandeza cuando
tu nana es mi latido, yo tu cuna.*

*Campanillo mi voz, que por la bruna
senda del tiempo tañe revelando
que eres mi sol y yo tu blanca luna.*

*Si solo ha de colmar tu Providencia
mi ser, saciado al fin con la ambrosía
del inmutable don de tu presencia,*

*en Ti, Niño del Alma, se gloria
quien solo a ti da y debe su existencia,
Jesús de mis amores, Vida mía.*

En brazos de la Madre de Dios Santísima del Socorro, preside la ermita el Divino Reyecito, realmente presente en el pan eucarístico depositado en el sagrario bajo la mirada de la Virgen de la Plaza, que desde 1720 ocupa el lugar preeminente en el templo actual, trasladada desde su primer emplazamiento, junto a la puerta de la sacristía, por el fervor a toda prueba de los hermanos del Santo Rosario de Nuestra Señora del Socorro, que supo vencer las resistencias de los cofrades de los Ángeles, propietarios del religioso recinto, logrando una temporal concordia por medio del aceptado ofrecimiento de costear el retablo mayor, primordialmente diseñado para albergar al amor de los amores de los socorberos, que a cambio admitían de buen grado que en el ático luciese una advocación propia de la cofradía dominante: un cuadro de San Pedro ad Vincula en el proyecto, definitivamente sustituido por el hermoso lienzo representando a San José, que desde hacía tiempo venía venerándose como cotitular de la ermita y de la cofradía de los Ángeles. Bajo el cuadro fue colocada la pequeña Virgen de los Ángeles, traída desde su capilla parroquial probablemente pocos años antes de la demolición del viejo hospital de la Corredera. Sustituida en 1804 por el gran sol con el coronada anagrama de María, fue lentamente pasando al desconocido paradero que priva de su presencia a los amantes de la historia devocional cordobesa.

Si permanecen en su lugar primigenio las tallas que Juan Prieto esculpó a los hermanos mártires Acisclo y Victoria, que la tradición ve como intercesores junto a la Virgen del Socorro en el milagro de la tormenta de 1589. En el cordobésimo recinto que es el pequeño cielo del Socorro, no podían faltar los Patronos escoltando a su Madre. Junto a Ella caminaban por la Almagra aquel día radiante de San Mateo de 1975 camino de San Pedro, la Virgen revestida con el rojo manto que la proclama Reina de los mártires, para participar en los actos conmemorativos del IV centenario de la invención de las reliquias de los Santos Mártires de Córdoba.

En esa gloria de la ermita, que ha de exultar al unísono con la ciudad en la Coronación Canónica de Nuestra Madre y Señora del Socorro, no podía faltar la presencia del Arcángel de los cordobeses. En los recientes fastos religiosos de la ciudad su imagen y las de los Santos Patronos han sido repetidamente cedidas con generosidad por los hermanos del Socorro. Inolvidable la gallardía itinerante del Custodio, alzada sobre la peana procesional que Cristóbal Sánchez cincelara para la Virgen de la Soledad de la cofradía de Jesús Nazareno, hecha triunfo argénteo para el Ángel de Córdoba aquella tarde en que las cofradías diocesanas participaron del gozo jubilar de la Iglesia en el bimilenario del nacimiento de Cristo.

De 1785 data el retablo que los cofrades del Socorro erigieron a San Rafael. Acordada en 1802 la renovación a cargo de Lorenzo Cano de la sagrada imagen, emotiva es el acta en la que el nuevo hermano mayor, José Sánchez Sandoval, proponía que "era preciso que se reformase el avuso o poco orden que se observaba y se había observado hasta de presente en tenerlo colocado en el Altar del lado derecho de Nuestra Señora, verificándose estar su Castísimo Esposo el Señor S. Josef en el lado izquierdo, lo que además de ser contra ceremonia, ya había sido reparado por algunos sujetos del primer carácter". Delicadezas socorberas. Y así fue como, hechas las oportunas reformas, el Santo Patriarca pasó al justo lugar protocolario donde seguimos venerándolo.

Heredaron los hermanos del Socorro, la devoción josefina de los cofrades de los Ángeles, que ya en 1650 cedían las imágenes de Nuestra Señora del Socorro y San José para ser llevadas por los más jóvenes de la collación de la Axerquía en caritativa procesión hasta el hospital de San Lázaro. Instituida por sus hermanos la anual procesión de la Virgen del Socorro, no tardó en acompañarla habitualmente el terrenal Esposo, costeadas por los cofrades en 1737 las nuevas andas talladas y doradas para portarlo. Años más tarde se incorporaría San Rafael a la sacra compañía procesional de la Virgen, que alcanzamos a conocer de niños los cordobeses de mi generación.

Letras pontificias y episcopales colmaron de indulgencias las devociones de la ermita, y hasta el beato Diego de Cádiz concedía beneficios espirituales a quienes orasen ante la Virgen del Socorro y las imágenes más veneradas junto a Ella, en explícito reconocimiento eclesial del fervor secular que en las necesidades de la vida cordobesa se acoge a la porción celestial que es la ermita de la Corredera, siempre presidida por la Estrella de la mañana, María Santísima, bajo el dulce título del Socorro.

Como el que más, supo Santa María en su vida mortal de trabajos y dolores, algunos recogidos en los relatos evangélicos. Ya se lo predijo Simeón en el templo de Jerusalén, antes de ser presentado el Niño al Señor: “Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción; y una espada atravesará tu alma para que no se descubran los pensamientos de muchos corazones”. No tardaría la daga cruel en traspasar su pecho con la angustia de la huida a Egipto, puñal de miedos indecibles por el Hijo, de sobrecogedor espanto ante la masacre infanticida del tirano Herodes. Y otra vez el cuchillo del dolor en la terrible incertidumbre de la búsqueda durante tres días del Niño perdido en Jerusalén, amarga premonición de otra Pascua, empapada de sangre y velada por la muerte del Justo en el alar del Calvario donde Juan y nosotros éramos acogidos como hijos por el corazón misericordioso de María Santísima.

La manifestación del amor compasivo de la Virgen del Socorro es un milagro constante en los más de cuatro siglos de vida de su devoción cordobesa. Gusta Ella de valerse de sus hijos para otorgar su protección a los más necesitados, y bien lo saben a lo largo de su historia los hermanos y devotos del Socorro, atentos a su llamada para socorrer a los enfermos de los hospitales, a los encarcelados, a los hermanos pobres, a los necesitados de ropa y alimentos... Memorable fue la heroica entrega de aquellos ocho mozos cordobeses que, ante el drama ciudadano de la peste padecida por Córdoba entre mayo de 1649 y junio del siguiente año, formaron comunidad en el antiguo hospital de la Corredera, en torno a Nuestra Señora del Socorro, y vestidos con moradas túnicas nazarenas se ofrecieron en alma y cuerpo a sus conciudadanos, siempre prestos para sepultar a las víctimas de la epidemia. Nada pedían a cambio. Mas la gratitud de los cordobeses no solo aseguró su sustento, sino que alcanzó a ver conmovida a aquellos jóvenes reparando con lo sobrante el recito hospitalario y ofreciendo a la Virgen una lámpara de plata que proclamase con su luz ante los siglos que todo lo debían a la celestial Auxiliadora.

Frente a la viva hermosura de esos ocho lirios morados florecidos en el jardín devocional del Socorro, el contraste de la milagrosa intervención de Nuestra

Señora ante aquellos ocho aceros desenvainados poco tiempo atrás junto al hospital en la más famosa historia de los anales socorberos: la que nos muestra al libertino don Clemente de Cáceres paseando arrogante por la madrugada de Córdoba, satisfecho, henchido de orgullo por sus innumerables conquistas sentimentales de mozas y casadas, indiferente al dolor de la ajena deshonra. Mas algunos de los perjudicados habían determinado tomar la justicia por su mano, y al doblar por Cedaceros hacia la Plaza, el joven don Clemente tornó su inmerecida calma en alerta de muerte, al comprobar que ocho hombres cerraban su paso por ambos lados del Toril. Allí, hacia donde hoy se abre el postiguillo de la ermita, una cerrada puerta daba al hospital, y en ella se apoyó el acorralado, y la puerta se abrió y volvió a cerrarse con don Clemente dentro, y en ella se clavaron, furiosas e impotentes, las ocho espadas, al grito que aún resuena por el aire de las más bellas tradiciones de Córdoba: “¡Madre mía, ven en mi socorro!”.

En el mismo grito que la humanidad necesitada alza continuamente desde su valle de lágrimas, suplicando la intercesión de la Madre de Jesús y nuestra:

*En el llanto inaugural de la vida,
en la indefensión de los pequeños,
en el vulnerable florar de la existencia
en el enigma de las minusvalías,
en el bosque de sombras de la enajenación,
en la soledad de quienes viven al margen,
en la cansancio de los últimos años,
¡Madre, ven en mi socorro!*

*En la espinosa senda de los días,
en la angustia de las pruebas,
en el amargor de la desesperanza,
en la indigencia de los desposeídos,
en el hierro de las esclavitudes,
en el sinsentido del tiempo,
en el tedio de tantos esfuerzos,
en la sima de la aflicción,*

*en la tiniebla de los miedos,
en la hosca maraña del desamor,
en el horror de la violencia,
¡Madre, ven en mi socorro!*

*En el quebranto de la enfermedad,
en el drama de las familias rotas,
en el vacío del desarraigo,
en el puñal de la traición,
en el dolor del desengaño,
en la lóbrega nostalgia de la ausencia,
en la hiel de las lágrimas,
¡Madre, ven en mi socorro!*

*Y en la hora de la muerte,
¡Madre, ven en mi socorro!*

Porque la protección de la Madre es siempre merecedora de la gratitud de los hijos, agradecido fue don Clemente de Cáceres, que en 1677 aparece como primer hermano mayor de la recién constituida hermandad de Nuestra Señora del Socorro y Ánimas Benditas del Purgatorio, primera corporación erigida en honor de María Santísima del Socorro, con el fin primordial de darle culto y ofrecer a Dios sufragios por los fieles difuntos. Continúa en nuestros días el lienzo de las Ánimas recogiendo en la ermita la oración de los cordobeses por los que marcharon al encuentro del Padre, piadosa herencia de aquella primera cofradía socorrera, que al extinguirse en 1739 entregaba sus bienes a los hermanos de Nuestra Señora del Socorro y Santo Rosario, que con el tiempo, desaparecida también la antigua cofradía de los Ángeles, quedarían como únicos administradores legítimos del culto ofrecido en su ermita a la Reina de la Corredera.

En 1695, un año antes de darse por finalizada la construcción del nuevo templo, era fundada la Venerable Congregación de los Hermanos del Santo Rosario de Nuestra Señora del Socorro, que con las mutaciones propias del tiempo ha permanecido a lo largo de los siglos y permanece viva en la Ilustre, Centenaria y Fervorosa Hermandad actual. Se comprometían aquellos primeros hermanos rosarianos del Socorro a salir en rosario público todos los días laborables, alternativamente de madrugada o de noche, dedicando la tarde de las fiestas a recorrer las calles cordobesas cantando el rosario, encaminada la piadosa comitiva hacia alguno de los hospitales de la ciudad para allí atender a los necesitados.

Pasaron los años, y con ellos fue pasando por Córdoba el rosario del Socorro,alzada su cruz de vidrios y dorada tallada, enhiesto su estandarte de raso carmesí, crepitante la cera en los faroles, en los cirios de los cofrades, la brisa acariciada por un son de violines y bajones, por el rezo fervoroso de las avemarías. Impuso el tiempo restricciones y cambios en la hermosa costumbre que perduró hasta bien entrado el siglo XIX, revivida en los recientes rosarios de la aurora que han llevado hasta algunos de nuestros amados templos a la más bella rosa del mayo de Córdoba.

Fundaron los hijos de Santo Domingo en su insigne convento de San Pablo la primera cofradía cordobesa de Nuestra Señora del Rosario, depositaria de una devoción intensificada y difundida en los años finales del XVI y los primeros de la siguiente centuria. Luego, tras la dura controversia que enfrentó a los dominicos con el unánime sentir de la ciudad, abanderada en la defensa del misterio mariano de la Inmaculada Concepción, salieron airoso de la prueba de los frailes predicadores manifestando su amor a la Señora al propagar con renovados bríos el culto rosariano, que Córdoba hizo suyo y proclamó solemnemente en actos tan multitudinarios como la anual procesión que el segundo domingo de octubre, promovida por el celo apostólico del beato Francisco de Posadas, por engalanadas calles se dirigía hacia San Pablo desde el hospitalito de San Bartolomé, junto a la puerta del Rincón, presidida por la bendita imagen de la *Niña del padre Posadas*.

El clima espiritual no podía ser más propio para que en Córdoba, como en otras ciudades, apareciese en los años finales del siglo XVII el fenómeno cultural de los rosarios público, de los cuales es el del Socorro el primero documentado. Tras él, la entrañable relación devocional de los viejos rosarios coros de oración por las calles y en los templos de Córdoba: Aurora, Luz, Amparo, Buen Suceso, Reyes, Pastores de Belén, Montañas, Ángeles, Pastora, Blanca... Rosarios de hombres y también de mujeres, a veces bajo la misma advocación, como el fundado en 1742 por las hermanas del Socorro. Veinticuatro rosarios con más de ochocientas luces acompañaron el Domingo de Ramos de 1718 desde San Jacinto a San Pedro en su primera salida procesional a la Virgen de los Dolores, prestas sus manos a acoger ya para siempre junto a su corazón el corazón de Córdoba.

Para los cofrades y devotos de la Virgen del Socorro es un signo, no una casualidad, que los actos de la Coronación Canónica de Nuestra Madre hayan venido finalmente a enmarcarse en este tiempo, proclamado desde Roma *Año del rosario* por el sucesor de San Pedro, en carta apostólica en la que Juan Pablo II manifiesta de nuevo la predilección de los últimos papas por esta

oración sencilla a la que él se refiere como “contemplación del rostro de Cristo en compañía y a ejemplo de su Santísima Madre”. Y contemplar con María los misterios de la salvación que Jesús nos ofrece es un acto de fe que sin duda es preciso repetir con frecuencia en esta vida nuestra acelerada, ruidosa, disarmónica, plagada de señuelos que nos encadenan y nos privan de la alegre, libre confianza de los hijos de Dios.

Enseñaba Jesús a sus contemporáneos cuando una mujer alzó su voz para decirle: “Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron”. Pero Él replicó: “Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan”. Lo cuenta el mismo evangelista, Lucas, que antes nos aseguraba que “María guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón”, en circunstancias tan desconcertantes como la alborozada visita de los pastores al Dios del pesebre y la respuesta contundente del Hijo que a los doce años, al ser hallado en el templo, ya proclamó la primacía de su misión reveladora del Padre sobre los mismos lazo familiares. Magistralmente exponía la cuestión de San Agustín al sentenciar: “Más bien aventurada es María al recibir a Cristo por la fe que al concebir en su seno la carne de Cristo”.

“Dichosa Tú que has creído” fue, en labios de Isabel, el mejor de los requiebros a la que días antes había puesto como nadie en el mundo su confianza en Dios al proclamar ante el celestial mensajero: “Aquí está la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra”, en bendita hora en la que la Doncella Nazarena fue Madre para Dios, Modelo de fe para la humanidad. De esa fe que fue congregando, junto a mercaderes, artesanos y humildes trabajadores, a obispos y corregidores, a miembros del clero, la nobleza y las clausuras conventuales a los pies de la Virgen del Socorro, Córdoba como aquellos magos en Belén adorando al Niño que con Ella permanece en continuada epifanía, en anticipada respuesta al *muéstranos a Jesús* de la salve; la ciudad actualizando por los siglos la salutación angélica: “Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo”.

Por ello, en humana expresión, como la mujer de los relatos evangélicos, quebraron los cordobeses con frecuencia el pomo de nardo legítimo de Dios y su Madre del Socorro en continuado homenaje cultural. No satisfechos con la fiesta anual que las dos hermandades socorreras dedicaban a Nuestra Señora en la solemnidad agostea de la Asunción, los hermanos rosarianos instituían en 1718 el novenario que de madrugada o al rayar el alba los dirigía en orante comitiva a las parroquias y conventos de la ciudad para celebrar la eucaristía, el último día presididos por la Virgen, que desde San Pedro volvía a la ermita en multitudinaria procesión de principios de octubre, que pronto pasó a la fecha tradicional de la última dominica de septiembre.

Costearon sus hermanos nuevos ornamentos para la Señora aquel año de la primera novena: vestido de raso de oro carmesí y manto de brocado celeste, en combinación cromática predilecta de nuestra iconografía mariana. Con el tiempo fue el blanco de la pureza de la Siempre Virgen el color de las grandes solemnidades de Nuestra Señora del Socorro, en piezas tan entrañables como el hermoso manto decimonónico bordado por las hermanas Durán, el rico brocado que ya vistieron Niño y Madre en la inauguración del nuevo Mercado Central en 1896 y el bello bordado, tan del estilo del taller cordobés de las Adoratrices, que ha procesionado la Virgen en las cuatro últimas décadas y que

han de ornar el albor suntuoso de las sacras vestiduras en el regio ceremonial de la Coronación.

Unirá entonces la Virgen del Socorro el título de Coronada a los otros títulos que en reconocimiento filial le fueron otorgando su cordobeses: Patrona del Mercado de la Corredera, Patrona y Presidenta de Honor de los Informadores Técnicos Sanitarios de Córdoba, Alcaldesa Perpetua de la Ciudad, cuentan que proclamada a su modo en 1934 por los vecinos de San Pedro, entre ellos aquel ferviente devoto, el popular José María *el de los platos*, cuyo bastón de mando de teniente alcalde luce María Santísima, revalidando permanentemente un título que los fieles del Socorro otorgaron unánimes a su Reina, sin esperar confirmaciones oficiales. Son frutos de un amor colectivo cuatro veces centenario que mereció alcanzar de la intersección de la Madre incontables favores, logrando con ello para la sagrada imagen la justamente concedida distinción eclesial que ahora nos congrega en gozosa exaltación.

Hemos tenido los cordobeses de hoy la ocasión de revivir el espíritu de aquellas coronaciones de las imágenes marianas promovidas por los misioneros capuchinos italianos del siglo XVI, cuyas regias preseas eran labradas gracias al desprendimiento de quienes para ello ofrecían sus mejores joyas. Bendecida por la Santa Sede la piadosa costumbre, no tardó en reservarse al Capítulo de San Pedro el privilegio de la concesión de la Coronación Canónica de las imágenes más veneradas de la Madre de Dios, a veces otorgada por el mismo romano pontífice, y nuestros días también por lo ordinarios diocesanos, en rigurosos procedimiento eclesiástico que hizo posible el histórico documento episcopal en el que el sucesor de Osio decretaba la Coronación Canónica de Nuestra Señora del Socorro, antes de ser elevada al Vaticano la súplica del refrendo.

Vivimos junto a la Soberana de la Plaza un verdadero tiempo de gracia que nos ha permitido compartir acontecimientos culturales de primer orden, como los inolvidables congreso y exposición dedicados a Nuestra Señora, y a sus plantas nos congrega en las solemnidades culturales iniciadas con la entrañable eucaristía el pasado 22 de septiembre en la Corredera, y que hallarán íntimo final, primero en el repetido beso enamorado de Córdoba durante el besamanos de la Virgen Coronada, luego en la ofrenda, ante todo, de la propia vida puesta junto a la de cientos de hermanos bajo el manto de la Reina, los suyos en torno a la Madre de la Iglesia en revivido Pentecostés que Dios ha de colmar nuevamente de dones.

Como pocos, sabe el campanillo del Socorro convocar plegarias en tormentas e infortunios y propagar el gozo de los cordobeses cuando ellos se congregan para el agasajo filial a la Señora de la Plaza. Cómo ha de repicar su bronce el día en que, recién comenzado con septiembre el declinar del estío, salga la Virgen de la ermita camino de la catedral, para en el corazón espiritual de la diócesis recibir el homenaje de la Iglesia en el solemne triduo preparatorio de la tarde de gloria del domingo 7 de septiembre.

Cielo y tierra se unirán en Córdoba, entonando el magnificat exultante de las vísperas de la solemnidad de la Fuensanta, cuando la Virgen del Socorro eche a andar al encuentro con su ciudad desde la armonía prodigiosa de las naves omeyas, mientras otra arquería ciudadana la aguarda más ansiosa que nunca

para recibir a su Reina, que con la escolta de honor de la Corporación Municipal y la Policía Local, Espartería abajo, se acercará en triunfo, y el nudo en la garganta al asomar la Virgen el Arco Alto se deshará entonces para tornarse en plegaria de bendiciones.

Bendita la autoridad apostólica que atendió el ruego popular de la Coronación de Nuestra Madre. Bendito el fervor de los hermanos del Socorro que la promovieron y bendito el esfuerzo de quienes la hacen posible. Benditas las sentidas adhesiones institucionales, las firmas que a millares rubricaron la devoción de Córdoba. Benditas las manos consagradas que han de coronar las purísimas sienes.

Bendito el mimo delicado que cuida y adereza por los siglos la hermosura de la Virgen del Socorro, que conserva y enriquece su ajuar, sus bienes de culto, su sagrado templo. Bendito el cariño incesante que un día alzó para la Señora su cordobesísimo templete dieciochesco, y hoy lo completa con el esplendor de las nuevas tallas, de las nuevas ofrendas. Benditas las ilusiones jóvenes que idearon las joyas de la Coronación y bendita la labor experta que en los nobles materiales derrochó lo mejor de su arte para que fuesen magníficamente realidad cetro y coronas.

Benditas las manos del santero que abren a Córdoba, en milagro cotidiano, el cielo de la ermita. Bendito el caminar socorrero que lleva por el barrio y la ciudad a la Virgen, sobre los hombros cada postrer domingo de septiembre, en el corazón, en los labios y en el ejemplo cada día del año.

Bendita la ofrenda generosa al Señor y a su Madre y bendita la limosna que socorre al indigente por amor a Nuestra Señora del Socorro. benditos pueblo y autoridades de Córdoba que reconocen como suya a tal Madre, que coronan entusiasmados a tal madre, haciendo realidad el lema de la Coronación: "Gracias a ti".

Fue escenario el hermoso conjunto arquitectónico de la Corredera de muchos de los grandes actos cordobeses de los últimos siglos. Sin duda, ninguno tan sublime como el magno pontifical en el que ha de ser canónicamente coronada Santa María del Socorro. Y la alegría con que llegaremos al altar del Señor será júbilo inefable en el histórico instante en que, al fin, el oro brille sobre la cabeza inmaculada mientras es depositado y Córdoba eleva a la Virgen un cántico desbordado de amores:

*Pues el lar de tu ermita
dispensas todos los bienes,
corona ciñe tus sienes.
¡Salve, Socorro bendida!*

*Gloria a Ti, Señora, nido
del que da luz a la estrella,
que en tu carne de doncella
Dios es niño desvalido.
Pues la Bondad infinita
en el regazo sostienes,
corona el cielo tus sienes.
¡Salve, Socorro bendida!*

*A Ti el honor, Soberana,
azucena virginal
que en el yerno terrenal
floreces pura y lozana.
Pues en heredad proscrita
toda la gracia contienes,
corona el oro tus sienes.
¡Salve, Socorro bendida!*

*Cetro da el Omnipotente
a tu diestra delicada
por socorrer, Madre amada,
la carencia del creyente.*

*Pues al que te necesita
amparo siempre le tienes,
corona la fe tus sienes.
¡Salve, Socorro bendita!*

*La dicha de poseerte
tantos favores alcanza,
que Córdoba en alabanza
su plegaria te convierte.
Pues tu presencia concita
tal clamor de parabienes,
corona el amor tus sienes.
¡Salve, Socorro bendita!*

Y ante la soberanía de la Reina Coronada solo cabrá entonces la voz unánime que resuene por la hondura de los siglos, pasados y venideros; la exclamación plena de gozo que compendia y da fin a este pregón:

Córdoba, ¡viva la Virgen del Socorro!

*Esta edición, ofrenda del autor a su Hermandad del Socorro,
se acabó de imprimir en Córdoba, el día 16 de julio de 2003,
festividad de la Virgen del Carmen*